

creen que es justísima, y legítima, y bien adquirida; y así sucede que la sigue y seguirá ejerciendo, porque no hay un poder que pueda arrebatársela, ni ha hecho cosa alguna por donde perderla, sino que siguiendo en la misma línea de conducta, obrando el bien, subsisten los mismos motivos de agradecimiento, y la influencia del clero para con los reyes y los pueblos, se cimenta más y más y se corrobora, porque es hija de las causas benéficas y no se bastardea con torcidas intenciones, sino que marcha por el camino trazado por la caridad.

Tienen ya nuestros enemigos satisfechas todas sus objeciones y satisfechas con la historia y demostradas con los hechos; satisfaccion y demostracion que no les dejará muy contentos tal vez, pero que les seria muy útil, muy provechosa, porque los pondria en el caso de arrepentirse y reparar las injurias que han inferido al inocente, lo cual les aprovecharia mucho espiritualmente; pero ellos no querrán esto, lo mirarán tal vez como la fábula de un convento, más propia para alucinar incautos, preocupados y fanáticos, que para vencer espíritus fuertes, almas despreocupadas y hombres de filosofía. Si fuese así, confesamos que lo sentiremos, porque llegará su día, y convertida en polvo esa vanidad y en nada ese orgullo, vendrá una vida real, y el hombre de la filosofía, el espíritu fuerte, el alma despreocupada, compa-

recerá ante el Dios de la justicia, cuya misericordia ha despreciado; y esa fortaleza, esa despreocupacion, esa filosofía se verán apreciadas en su justo valor, y entonces vendrá la desesperacion, porque ya no hay lugar ni tiempo para arrepentirse. Mas si por el contrario, nuestro escrito ha sido el instrumento de que se ha servido la gracia para iluminar sus almas y obrar su arrepentimiento, entonces levantaremos nuestro corazon al Señor, bendeciremos su providencia y sabiduría infinita, que así se vale de los mas débiles instrumentos, de los mas insignificantes objetos para sus fines admirables, y exclamaremos: *¡Sea su nombre bendito por los siglos!* bendiciendo así un Dios que tan digno es de ser bendito, y que ocupándonos en su servicio nos proporciona ocasiones de ejercer la caridad perdonando á nuestros enemigos é ilustrándolos para que vuelvan á su redil, al seno de su amor de que se habian estraviado, á la gracia que habian perdido. Este es todo nuestro deseo, esta toda nuestra venganza, este todo nuestro objeto; acaso no nos creerán, poco importa; Dios, que ve los corazones, y á quien ningun pensamiento se oculta, ve el nuestro y sabe que no mentimos, que es la pura verdad, y sabiéndolo él, descansamos respecto del fallo de los demas, si bien sentimos la ofensa que con su juicio temerario y siniestro hacen á Dios, y la deploramos como los que quisiéramos que el mundo

entero le amara como es digno de ser amado, que nadie le ofendiera, y que todos los pueblos, todas las naciones, todo el mundo prosternado le adorara, le rindiera culto, reverencia y respeto, para que un dia en la celestial morada reunidas todas las criaturas, nos amemos amando á Dios, conociendo sus gracias y misericordias para con los hombres, sus dones y favores, y de este modo disfrutemos esa felicidad eterna, que por medio de la sangre de su Hijo derramada en satisfaccion de la desobediencia de Adam, nos proporcionó Jesucristo, aquel Redentor divino, aquella víctima expiatoria que muriendo se encargó de satisfacer nuestros pecados y la justicia del Padre, proporcionándonos una feliz vida, á nosotros que tanto le ofendemos, á nosotros que tan olvidados vivimos de la caridad y de su amor, caridad y amor que nos enseñó y preceptuó, y sin las cuales jamas podemos ser gratos á sus ojos. ¡Quiera el Señor siempre las practiquemos! . . .

CAPITULO II.

LAS CRUZADAS.

La época de los desafueros del poder ha pasado, y la Europa de los bárbaros, civilizada y convertida por el clero, ha entrado en un nuevo sendero: aquellos corazones, antes tan crueles, hoy están dominados por el espíritu dulce y benéfico de la religion; ya no se persigue ni maltrata al pobre, y si las pasiones estravían á los poderosos ó á los grandes señores y los hacen faltar á la caridad con sus inferiores y subordinados, los ministros de la religion escudados con su inmunidad, merced á su estado respetado y acatado como al estado consagrado á Dios, cuyos rayos esgrime y cuyas mercedes dispensa; los sacerdotes que á fuerza de luchar han hecho respetables los dere-

chos del hombre, acatar las virtudes y proscribir ó condenar los desórdenes, y que elevando su estado y haciendo respetar su clase, están ya en el caso de poder reformar las costumbres con muchas mas ventajas que antes, puesto que de la lucha ha resultado su triunfo, se oponen á los desafueros, reprenden á los trasgresores y los obligan á la penitencia y al resarcimiento de los daños que cometen y de las injurias que infieren, de las violencias que perpetran. La Iglesia ha triunfado, y el sentimiento religioso dominante en Europa, es el alma de cuanto sucede, el móvil de todas las empresas, en una palabra, el resorte universal que agita la máquina de todos los corazones y viene á ser el alma de la Europa. La prueba de esta verdad la tenemos en las cruzadas, movimiento enteramente religioso, de infinitas consecuencias para la humanidad y la civilizacion, movimiento escitado é impulsado por el clero, y que por lo mismo avocamos aquí, dando cabida en este escrito á este grande acontecimiento, cuyas ventajas todos conocemos, y que por lo mismo que otros sin justicia ni razon reclaman para sí, reclamamos nosotros para el clero, que le inspiró; para el clero que tanto trabajó para conseguirlo; para el clero, en fin, á quien todo le pertenece; mas para entrar con los debidos preliminares en el fondo de la cuestion, preciso es que nos detengamos á enumerar las causas que la motivaron y

á presentar siquiera un bosquejo de ellas que nos sirva de premisas y punto de partida de cuanto vamos á relatar.

Quando una idea se apodera del alma, todas las operaciones que ésta ejerce tienen relacion, más ó menos íntima, con ella, y todas parten de ella como de su centro, puesto que no deja lugar á otras creaciones que á las suyas, y si por casualidad algunas se conciben, siempre son con participacion de la que nos ocupa en primer término, y domina y dirige las demas. Así sucede respecto á la idea dominante en el individuo, y lo mismo acontece en los pueblos, en las naciones y en el mundo; una vez que un pensamiento domina la sociedad, este pensamiento es el alma de cuanto acontece y el móvil de todos los sucesos: no hay que buscar las causas fuera de él por desfiguradas y metamorfoseadas que se presenten, bien consideradas y analizadas descubriremos la fuente de donde nacen; así es, que dominando en la edad média el espíritu religioso, á él son debidos todos los grandes acontecimientos de esta época; y siendo el principal las cruzadas, no deja lugar á que dudemos que este movimiento uniforme y general de la Europa es suyo, que suyos son los beneficios que de él resultaron; y siendo el instigador de este pensamiento el clero, cuanto bueno aconteció por él le pertenece; y por esto los benéficos impulsos que por él recibió la civilizacion, y los

grandes bienes que de él sucedieron á la Europa, y los grandes derechos que él dió al hombre, todo, absolutamente todo, lo reclamamos para el clero, en lo cual nos parece tener razon y obrar estrictamente arreglados á la lógica, y para desvanecer alguna duda, si es que existe, como nos gusta fundamentarlo todo y presentarlo de modo que no tengan que objetarnos ni nosotros que replicar, vamos á presentar las causas de este gran acontecimiento y los esfuerzos del clero para llevarle á término, mejor dicho, la participacion que en él tuvo el sacerdocio, para que á su vista se conozca todo el peso y verdad de nuestras palabras, toda la solidez de nuestras razones, toda la justicia de nuestra causa.

Aun no habia el clero podido extinguir todos los vicios de la sociedad, aun no habia concluido con el feudalismo, aun le faltaba mucho que hacer por la humanidad; sin embargo de cuantos privilegios la habia conquistado y cuantos derechos la habia adquirido, aun sufría los efectos del despotismo y el capricho de los señores y magnates la aquejaba y oprimía. Verdad es que el clero salió siempre á su defensa; pero no lo es menos que, sin embargo de los medios con que contaba para hacerse obedecer y reprimir los abusos, no siempre lo consiguió, y más de una vez fué desoido; pero su dominio no era del todo despreciado, ni sus derrotas eran tales que no se convir-

tieran las más veces en victorias. Veamos cómo. Nadie ignora que la Europa, dominada por los grandes señores, era un vasto campo de batalla donde toda clase de violencias tenían lugar. Y á esto me dirán los impugnadores: ¿dónde está el triunfo de la humanidad y de la civilizacion? ¿Dónde esa influencia y dominio del clero? ¿Dónde ese imperio de la idea religiosa? A esto voy precisamente á contestar. Aquellos varones, aquellos condes, aquellos grandes señores que oprimían los pueblos, vejaban á sus súbditos, atropellaban el santuario del hogar, comerciaban con la sangre de los hombres y con el honor de las familias, que no respetaban ni aun la inmunidad de la Iglesia y dilapidaban hasta las aras mismas, asilos de la inocencia y de la virtud, no eran incrédulos; malos, porque sus pasiones los precipitaban, no habian sacudido el yugo de la fé y el freno de la religion; de lo cual resultaba, que si sus pecados eran la cadena de los pueblos y la vara de hierro que los regia, como sabian que aquellos excesos eran reprobados por la Iglesia y condenados por el Evangelio, punibles en su día con tormentos eternos, como sabian que una vez cometidos solo con el arrepentimiento, la confesion y la penitencia podian lavarse; y como no eran tan malos que hubiesen perdido el temor de Dios, impulsados por los remordimientos, estimulados por la conciencia, acudían al confesonario á buscar, por me-

dio de la penitencia, una tranquilidad de que el crimen los había privado; y este era el triunfo del clero, este era el lugar donde hacia progresar la causa de la humanidad y de la religion, y por consiguiente la cátedra donde, suavizando las costumbres, tronando contra los vicios y escitando á la virtud civilizaba el mundo. Pues bien, esto mismo hizo que los grandes crímenes tuviesen necesidad de grandes penitencias; y así fué que unido esto á la piedad, hizo nacer de aquí las peregrinaciones á Roma, Santiago y otros grandes santuarios; y por último, á Jerusalem á visitar el Santo Sepulcro y demas sitios santificados con la presencia del Salvador, regados con su sudor y sus lágrimas; y por último, con su sangre. Sitios llenos de recuerdos de piedad donde se efectuó nuestra redencion, llenaban de dulzura los corazones, y su visita producía los mejores frutos á la sociedad; el olvido de las injurias, el perdon de los enemigos, la caridad para con todos y el decaimiento de los instintos feroces que con la falta de ejercicio y costumbre insensiblemente se iban olvidando; por manera, que estas penitencias eran saludables al individuo, porque le corregian y enmendaban; á la sociedad, porque se aminoraban las tropelías; á la humanidad, porque sus derechos se respetaban; á la civilizacion, porque en los viajes siempre se aprende, y el fruto de nuestro trabajo trasplanta, digámoslo así, y mezcla una civi-

lizacion con otra, y así enriquece las dos; y á la religion, porque veia triunfante en todas partes la caridad, enmendados con el arrepentimiento y la penitencia los culpables y aumentada su grey, cortando así el gérmen de tantos males, de tantas desgracias, de tantos pecados, de tantos y tan enormes escándalos.

Tales frutos conseguia el clero de su trabajo, y así iba fomentando la piedad y acostumbrando los corazones á la virtud. Yo pudiera referir infinitos personajes que, empuñando el báculo, y cambiando el casco por el sombrero, y la armadura y el arnes por la alforja y la caña, hicieron esta peregrinacion; condes, barones, abades, obispos; yo podria describir el modo cómo estos instrumentos de la penitencia se bendecian, la despedida y acogimiento que daban los pueblos á los peregrinos, y podia referir tambien los pecados por cuya expiacion se impusieron, y los beneficios que á la humanidad reportaron y á la civilizacion; pero tendria necesidad de escribir muchos y grandes volúmenes, y así creo que satisfaga la curiosidad de los escrupulosos con dos ó tres, que por ellos fácilmente se conoce el espíritu de la época, y conocido se puede, sin temor de errar, sacar deducciones en cuanto con estos hechos diga relacion, porque es sabido que unas mismas causas producen siempre iguales efectos, y que los hechos de un mismo género si tienen igual origen, tienen un

mismo correctivo; así, pues, voy á ser breve en la narracion de estos hechos, de los que solo tomaré lo necesario á mi objeto, dejando la esplanacion estensa y circunstanciada de ellos al cuidado de los cronistas é historiadores á quienes pertenece en primer término.

Hemos dicho que el viaje á Tierra Santa impuesto por una penitencia, ó emprendido por un voto, ademas de la expiacion, tenia otros resultados favorables á la humanidad y á la civilizacion, entre los cuales no era el menor alejar los objetos y causas de las facciones asesinas. La historia de esta época nos pinta los amargos frutos de esa guerra cruel y encarnizada que se hacian los señores de vasallos, y al mismo tiempo que leemos sus páginas, un sentimiento íntimo del corazon nos hace suspirar su remedio, y el clero, herido por este sentimiento, que era el de su caridad, le buscaba; conecedor del hombre y de sus pasiones, dedicado á procurarlas un freno, conoció que no habia otro mas eficaz que evitar la vista de los lugares y objetos que pueden precipitarnos, y es preciso confesar que no hay un remedio mas provechoso y de mejores resultados que este, porque debemos convenir en que el poder de los lugares y de las costumbres es grande, y muchas veces al abandonar un pais, al dejar un traje, al renunciar á una ocupacion acostumbrada cambiamos de modo de ver y de sentir, y por esto el clero pudo

esperar que las peregrinaciones producirian aquel efecto y que serian útiles á la sociedad y á la civilizacion, y el tiempo se encargó de probar la verdad de este juicio, y el mundo entero vió con asombro que realmente produjeron este resultado. De esta manera es como nosotros buscamos inspiraciones é impresiones virtuosas y fuertes en aquellos lugares que han sido teatro de los grandes acontecimientos, y así es como vemos en ciertas colonias convertirse en hombres honrados los que en su patria habian entrado en la senda del crimen; esto justifica el acierto del clero en la imposicion de estas penitencias, y los hechos, que fueron á la humanidad utilísimas.

En aquellos tiempos calamitosos y de tropelías no hubiera la sociedad hecho mas que sufrir sin este freno, y la civilizacion hubiera atrasado en vez de adelantar lo que por este medio adelantó. Que los crímenes eran grandes nos lo prueban las causas que motivaban estas penitencias; que eran vejatorios de la humanidad y contrarios á la civilizacion se desprende de su simple relato; tenemos, por tanto, justificada su imposicion. Veamos los hechos y depondremos toda duda. Gervino de Reims, despues de una juventud disoluta, tomó el hábito de monje, y arrastrado por la conciencia, solicita de su abad acompañarle en peregrinacion á Palestina, lo obtiene y es consolada su piedad por un milagro. El franco Frontmondo en la par-

ticion de la herencia paterna, dá muerte á su hermano menor y á un tío suyo eclesiástico; arrepentido de su crimen lo confiesa ante los obispos, que le imponen de penitencia, que atados con cadenas sus brazos y cintura, vestido de cilicio y cubierto de ceniza se dirija á Tierra santa, como lo verificó permaneciendo en Jerusalem mucho tiempo en aquel estado llorando su crimen, y en el mismo visitó en Egipto las ermitas, en Cartago el sepulcro de San Cipriano, y regresa á Roma, de donde, por segunda vez, vuelve á la ciudad santa, á Canáa de Galilea, á los montes de Armenia, al Sinaí, desde donde tercera vez vuelve á Roma, y sobre el sepulcro de los apóstoles pide misericordia, visitando luego los principales santuarios de Francia, hasta que una vision rompe sus cadenas y le devuelve la libertad. Berenger II de Barcelona, en castigo de grandes crímenes, tuvo que sufrir grandes penitencias, en las que sucumbió. Fulques de Nera, de la familia de los condes de Anjou, encontró el camino del poder por medio del asesinato de su hermano y otros; pero los remordimientos le asaltan, y en todas partes espectros sangrientos le atormentan, y acude en medio de tantos horrores, para salvarse, á la vía adoptada por todos los que persigue la conciencia; se viste el hábito penitente y emprende el viaje á Palestina; una tempestad le asalta y hace voto de construir una iglesia á S. Nicolas; llega

á la ciudad santa y entra por sus puertas haciéndose azotar por sus mismos criados, y esclamando: *¡Señor, tened piedad de un perjuro y de un asesino!* Vuelto de Palestina el papa le absolvió, pero no dejándole tranquilo su inquieta conciencia, volvió á emprender el viaje á Tierra santa y murió en el camino. Otras muchas podríamos enumerar, pero creemos suficientes las referidas para probar nuestro aserto y manifestar el estado de la sociedad, y lo útiles que eran á la humanidad y á la civilizacion estas penitencias.

Así con esta continua peregrinacion se avivaba mas y mas la fé y la devocion hácia tan santos lugares, regados con la sangre del Salvador; pero era el caso que aquella tierra bendita, aquella ciudad de gloriosos y pios recuerdos, yacia dominada por los mahometanos, y que el templo de Salomon, convertido en mezquita de Alá, no dejaba oír el tañido de la campana que llamaba los fieles al sacrificio, sino el eco del muezin, que convocaba los adoradores del Coran á la oracion. Muy desde el principio de la Iglesia estos santos lugares fueron objeto de la piedad de los fieles. S. Gerónimo buscó en ellos un retiro: Paula, aquella ilustre romana, fundó allí un monasterio de mujeres: Elena, la madre del grande Constantino, levantó una iglesia en el Gólgota, que embellecieron todas las artes, y varias ermitas en los sitios donde tuvieron lugar los misterios, que pron-